

LOS PROFETAS DE ISRAEL: LA VERDADERA RELIGIÓN



Los profetas de Israel y su misión

Los profetas eran los “portavoces” de Dios en Israel, (*Yo, en cambio, estoy lleno de fuerza por el Espíritu del Señor. Miq 3,8*), un profeta es *el que habla en nombre de Dios* (cfr. el estilo llamado “fórmula del mensajero”: los oráculos de los profetas comienzan diciendo *Así dice el Señor, escucha Israel la palabra del Señor...* y al final dicen *Oráculo del Señor.*). Esto nos muestra la fuerte conciencia que tenían de su condición profética, como se manifiesta principalmente en los relatos de vocación (Is 6; Jer 1; Ez 1).

Los profetas son los intérpretes privilegiados de la voluntad divina, cuando muestran al pueblo el camino a seguir, cuando denuncian sus pecados y les invitan a la conversión, y cuando anuncian la época futura de salvación.

En estas páginas trataremos de comprender e ilustrar la lógica de los profetas, los presupuestos fundamentales de su pensamiento, cómo entienden la religión, la fe, es decir, cuáles son para ellos los fundamentos esenciales del diálogo entre Dios y el hombre. Y, por tanto cuál es el significado de la ética y la justicia, el papel del culto en todo ello, y, de reflejo, cuál es la actitud de Dios en la historia que el pueblo está viviendo, y cuál el lugar del encuentro con Dios.

Entre la vida y la muerte

Recordemos que desde el comienzo de la Biblia se nos pone delante la alternativa entre la vida y la muerte, algo que resume muy bien el inicio de la *Didajé*: “*Hay dos caminos, uno lleva a la vida, el otro, a la muerte*”. Pero el hombre escogió el camino de la muerte. Este es el sentido del pecado de los primeros padres en el jardín (Gen 3). Los profetas recuerdan abundantemente la condición pecadora humana, y son especialmente significativas las palabras de Jeremías, que, aunque invita a la

conversión, hace notar que la radicalidad de la culpa humana es tal que no es posible ni la conversión ni el perdón (*“Por más que intentes lavarte con sosa y lejía abundante, queda presente ante mí la mancha de tu culpa”* 2,22). El pueblo no sabe, ni quiere convertirse (*“Mi pueblo es insensato, no me reconoce; son hijos necios que no recapacitan: diestros para el mal, ignorantes para el bien.”* 4,22; ... *preguntad ... dónde está el buen camino y seguidlo, ... Pero dijeron: «No lo seguiremos.»* 6,16; *“¿Muda el etíope de piel?, ¿cambia el leopardo sus manchas? Y vosotros, educados en el mal, ¿podríais practicar el bien?”* 13, 23). La maldad brota del corazón, igual que el agua de un pozo, 6,7.

Ante esta situación, Yahvé, el Dios de la vida, iniciará un camino para salvar al hombre y guiarle por el camino de la vida, lo que se ha llamado tradicionalmente la *historia de la salvación*, en la cual Dios trata de salvar al hombre de los peligros que amenazan el camino hacia la vida, de redimirle de su esclavitud al pecado, de liberarle del mal y de la muerte. Para entender adecuadamente cómo se realizará esa salvación del hombre, nos acompañarán los profetas.

Comencemos un oráculo de gran contenido simbólico, Is 28,14-19: *“Escuchad la palabra del Señor, cínicos jefes de este pueblo, que estáis en Jerusalén, que decís: «Hemos hecho un pacto con la Muerte, una alianza con el Abismo. Cuando pase el azote desbordante no nos alcanzará, porque de la mentira hicimos nuestro refugio y nos refugiamos en la falsedad». Por eso así dice el Señor, Dios: «He puesto en Sión como fundamento una piedra, una piedra probada, una piedra angular preciosa, un fundamento sólido. Quien se apoya en ella no vacila. Puse el derecho como plomada, la justicia como nivel. Será anulado vuestro pacto con la Muerte, vuestra alianza con el Abismo no resistirá. Cuando pase el azote desbordante, quedaréis convertidos en tierra de nadie... ..”*

El profeta se dirige a los que han firmado un pacto con la Muerte o el Abismo. Isaías se dirige a los *“cínicos jefes”* la clase dirigente de Jerusalén. Han firmado *“un pacto con la Muerte, una alianza con el Abismo”*. Muerte y Abismo son la misma realidad, sinónimos por el paralelismo. La Muerte es considerada aquí como el último poder incontrastable con el que se tiene que enfrentar el hombre, el dios del mal, un ídolo tiránico. El hombre cree que garantiza su existencia teniéndola por aliada, y así la mentira y el engaño serán refugio y escondrijo en el momento de peligro. Pero, Isaías denuncia la paradoja: si os habéis sometido a la Muerte, reconociéndola como soberano, caeréis víctimas de ella. Sin embargo, Dios promete seguridad al que se apoye en la *“piedra angular”* que va a colocar en Sión, y que estará fijada por la *“justicia”* y el *“derecho”*, que son las únicas fuentes de la vida.

Los poderes del mal y de la muerte

Esos poderes malignos simbolizados en la "Muerte", los encontramos desgranados en el oráculo de Is 2,6-11, que ahora va a servirnos de guía: *“Has rechazado a tu pueblo, a la casa de Jacob. Porque están llenos de adivinos de Oriente y de agoreros, como los filisteos, y pactan con extranjeros. Llena está su tierra de plata y oro, no hay límite para sus tesoros; su país está lleno de caballos, no hay límite para sus carros; su país está lleno de ídolos, y se postran ante las obras de sus manos, que fabricaron sus dedos. Pues será doblegado el mortal, será humillado el hombre solo el Señor será exaltado en aquel día”*

El profeta refleja el poder económico (oro, plata, tesoros...) y el poder político/militar (caballos, carros, torres, fortalezas...) enmarcados por los adivinos y agoreros, 2,6, y los ídolos, 2,8, símbolos de

la religión idolátrica, actitudes que serán criticadas en los versos siguientes, Is 2,10-22.

Nos encontramos, por tanto, frente a los tres poderes clásicos, que encarnan la maldad que amenaza al hombre, porque son máscaras de la verdadera religión, máscaras que, en realidad, sólo sirven para que el hombre se engañe a sí mismo con falsas confianzas. Estos poderes han ocupado el puesto que corresponde a Dios, han sido absolutizados. El hombre busca garantizar su salvación por la falsa religión, las riquezas, los ejércitos... en lugar de confiar en Dios. Todos los bienes materiales, en lugar de ser considerados dones de Dios, son absolutizados, y convertidos en ídolos, ocupando el lugar de Dios. Pero todo eso será destruido para que el hombre aprenda a poner su fe sólo en Dios. Los vv. 11 y 17-18 resumen claramente la idea central: *"será humillado el hombre,... sólo Dios será ensalzado"*. Hay una fuerza ascensional del hombre, guiado por la codicia, la ambición, la arrogancia que será doblegada por Dios que pretende dejar al hombre desnudo frente a sí mismo.

La “religión idolátrica”, y la manipulación de las verdades religiosas

A partir de aquí nuestra tarea será rastrear, en esta ocasión, cómo los profetas han tratado uno de estos tres grandes temas expuestos, y examinaremos qué podemos entender por *“religión idolátrica”*, la manipulación de la verdadera religión. Efectivamente, cuando hablamos de *“religión idolátrica”* podría pensarse que nos estamos refiriendo al culto de los ídolos, a la adoración de dioses extranjeros, extraños a Yahvé, Dios de Israel. Ciertamente los profetas en sus oráculos se refieren frecuentemente al culto que Israel daba a dioses extranjeros, de los países vecinos de Israel (Os 4,12-14; Jer 2,26-28; 5,19; 10,1-16; Ez 8), algo que condenan radicalmente.

Pero es más importante la condena que hacen de las actitudes religiosas de su pueblo. Escuchemos estas palabras del conocido estudioso de la Biblia G. von Rad: *“Precisamente el hombre piadoso es el que corre más peligro de configurar a Dios a su imagen, o según otra imagen.... También los cristianos corremos el peligro incesante de creer en mitos y adorar imágenes. No existe ni una sola verdad de fe que no podamos manipular idolátricamente”*.

Por idolatría debemos entender algo más que el culto a una efigie manufacturada. Principalmente consiste en querer apoderarse de Dios, de servirse de Él y de dominarle. Es lo que se trata de conseguir al sujetarle a la esfera de mecanismos culturales y rituales, por medio de los cuales se pretende reducir a Dios a nuestro mundo, como si fuese un elemento más de nuestra propia realidad.

Al dios-ídolo (y Yhwh puede ser tratado como un dios-ídolo) se le ofrecen una serie de sacrificios, de acciones rituales o sacras, de acuerdo a un detallado ritual, y él en consecuencia debe ofrecer al fiel su protección y ayuda, éxito en las cosechas, en las empresas comerciales, en los conflictos militares, o en los innumerables avatares de la vida. Y si el ídolo no responde adecuadamente, y el rito ha sido bien realizado, es porque no sirve, y entonces se le cambia por otro. Es un culto, pues, que no se basa en actitudes de fe, sino en un intercambio de favores.

Cuando Isaías habla en 10,10-11 de los ídolos de Jerusalén y Samaria (*“lo mismo que hice con Samaría y sus ídolos, ¿no lo haré con Jerusalén y sus imágenes?”*) ¿se refiere a ídolos y dioses extranjeros? o quizás, con audacia casi blasfema, ¿se está refiriendo al culto que en esas ciudades se le da al mismo Yhwh? Como decía von Rad, esta manipulación idolátrica puede alcanzar al mismo Yhwh que es tratado como un ídolo. Sir 35,11 describe gráficamente esta actitud como un soborno, como

quien intenta corromper a un funcionario con dones y presentes: *“No trates de sobornar al Señor, porque no lo aceptará; no te apoyes en sacrificio injusto”*.

Culto, fe y religión

Desde este punto de vista no extraña en absoluto la durísima requisitoria contra el culto que Isaías ofrece en 1,10-17: se trata de un culto viciado, del que Dios aparta la vista. No puede aceptar ese tipo de sobornos. El pueblo se refugia en una inútil y vana ilusión que el profeta deshace, mostrando la hipocresía que encubren. La larga enumeración de víctimas y de festividades termina produciendo hastío y repugnancia (*“¿Qué me importa la abundancia de vuestros sacrificios? —dice el Señor—. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones; la sangre de toros, de corderos y chivos no me agrada... .. Novilunios, sábados y reuniones sagradas: no los soporto”* Is 1,11-13). Dios esperaba otra cosa. Lo que Dios quiere es derecho y justicia, la rectitud moral, 1,16-17, que se concreta en exigencias y preocupación por los más débiles: el oprimido, el huérfano, la viuda. Eso es lo que de verdad agrada a Dios, y no el culto. Los famosos versos de Is 29,13 lo expresan lapidariamente: *“... este pueblo se me acerca con la boca, y me glorifica con los labios, mientras que su corazón está lejos de mí, y su culto es precepto humano y rutina...”*.

Jeremías en el famoso sermón del templo (Jer 7) denuncia también semejante actitud, que debe ser considerada una auténtica idolatría. Veamos algunos versos: *“No os creáis seguros con palabras engañosas, repitiendo: «Es el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor» Mirad: Vosotros os fiáis de palabras engañosas que no sirven de nada. ¿De modo que robáis, matáis, adulteráis, juráis en falso, quemáis incienso a Baal, seguís a dioses extranjeros y desconocidos, y después entráis a presentaros ante mí en este templo, dedicado a mi nombre, y os decís: «Estamos salvos», para seguir cometiendo esas abominaciones? ¿Creéis que es una cueva de bandidos este templo dedicado a mi nombre?”,* Jer 7, 4-11. Está claro que Dios no se compromete con un espacio físico, sino con la justicia y la ética. Vamos viendo dónde está el verdadero lugar del encuentro con Dios.

Amós pone de manifiesto ante Israel la falsa seguridad religiosa en la que vivía el pueblo, desmontando las falsas seguridades que se pueden derivar del culto. Lo critica radicalmente. Recordemos el dramático oráculo de Am 5,4-6:

*“¡Buscadme y viviréis!
No busquéis a Betel,
no vayáis a Guilgal,
no paséis por Berseba;
porque Guilgal será deportada
y Betel será aniquilada.*

Buscad al Señor y viviréis”.

Recordemos que los tres lugares recordados por el profeta, Betel, Guilgal y Berseba, eran tres famosos santuarios del pueblo de Israel. Betel contaba en su leyenda de fundación cómo había sido erigido por Jacob, la noche en que soñó con la estela que subía hasta el cielo (Gen 28,10-22). Guilgal fue el primer santuario en que Israel dio culto a Yhwh nada más entrar en la tierra prometida (Jos 4,19-24; 5,2-12), y Berseba fue fundado por Abrahán (Gen 21,31-33) y a él regresó tras el episodio del

sacrificio de Isaac (Gen 22,19). Los tres santuarios, pues, estaban bien enraizados en la historia de Israel. Si para los israelitas *buscar a Dios y acudir al culto a uno de estos santuarios* debía significar más o menos lo mismo, las palabras de Am 5,4-5.6.14 debieron resultar absolutamente escandalosas.

Sobre la postura de Amós ante el culto ver también 3,14; 4,4. 5; 5,14.15. 21-27. Ver también, por ejemplo, Sal 50,8-15.

Oseas nos ofrece también una perspectiva semejante, desde su propia personalidad. Yhwh no puede ser rebajado a un ídolo más, sometido a los ciclos de la naturaleza, como parece pretender 6,1-3: *“Vamos, volvamos al Señor. Porque él ha desgarrado, y él nos curará; él nos ha golpeado, y él nos vendará. En dos días nos volverá a la vida y al tercero nos hará resurgir; viviremos en su presencia y comprenderemos. Procuremos conocer al Señor. Su manifestación es segura como la aurora. Vendrá como la lluvia, como la lluvia de primavera que empapa la tierra”*. Pero Yhwh no es un *ba'al* cualquiera, obligado a responder mecánicamente al culto. El profeta reprocha al pueblo su inconsistencia: *“vuestro amor es como nube mañanera, como el rocío que al alba desaparece”*, 6,4. Sólo Yhwh puede ser el Dios de Israel, porque sólo Él es su salvador. Es el único que puede dirigir la vida del pueblo según sus exigencias morales, como recuerdan las frecuentes alusiones al decálogo. Los sacerdotes eran los encargados de dar la oportuna instrucción (=tôrāh) al pueblo sobre todo ello. Por haberlo olvidado serán rechazados, 4,6, y el pueblo perecerá, 4,5.

En este claro contexto de alianza son también fundamentales las nociones de lealtad (*hésed*) y fidelidad (*'émet*). La ausencia de ambos y del conocimiento de Dios son los principales cargos de acusación en 4,1. El *hesed* (lealtad, misericordia, amor...) da la idea de reciprocidad y confianza que hace posible el pacto. El *'émet*, fidelidad, da la firmeza y solidez que lo hace durar: *“Quiero lealtad (hesed) y no sacrificios, conocimiento de Dios más que holocaustos”* 6,6.

Por último, dirijamos nuestra atención a Ezequiel, el profeta del exilio. El hecho de estar en Babilonia, sin Templo, sin culto, sin sacrificios, significaba para los desterrados el cierre del acceso a las fuentes de la vida, 33,10: *“Vosotros andáis diciendo: «Nuestros delitos y nuestros pecados pesan sobre nosotros, y por eso nos estamos consumiendo. ¿Cómo podemos vivir así?»”*.

Ezequiel les dice que en adelante cada uno deberá vivir personalmente, sin ese cúmulo de instituciones que daban la certeza y la garantía de la vida. Se podrá seguir viviendo si cada uno se convierte, y se comporta honradamente: *“Si el hombre justo se aparta de su buena conducta y comete actos inicuos, morirá por su causa Y si el malvado se convierte de su maldad y actúa con rectitud y justicia, a causa de ello ciertamente vivirá. Entonces, ¿cómo decís: ‘No es justo el proceder del Señor’? Yo os juzgaré a cada uno según vuestra conducta, casa de Israel”*. Los aspectos morales y éticos, pues, alcanzan su plena significación.

El día de Yhwh

Si dirigimos ahora nuestra atención al importante y recurrente tema del *día de Yhwh*, nos encontraremos con parecidos resultados. Al final de un oráculo contra Israel, Am 2,16, Dios da una cita para su pueblo en *aquél día*, que en el libro de Amós viene precisado como *de YHWH* en otros lugares, Am 4,2; 5,18-20; 6,3; 8,9-14. Su auditorio conocía bien ese día, pues se trata de una expresión usada en otros pasajes del Antiguo Testamento: *día de Madián* (Is 9,3; Jue 7,9); *día de Yezrael* (Os

2,2; 2 Re 9,10); *día de Jerusalén* (Sal 137,7, referido a la destrucción de Jerusalén por el ejército de Nabucodonosor el 586 a. Jc.). Esas expresiones no se refieren a duración de tiempo, sino a un acontecimiento histórico bien determinado, y en el origen se referían a salvaciones obradas por Dios en favor de su pueblo. Todo ello está dentro de la *ideología de la guerra santa*, en la cual Dios interviene al lado de su pueblo, dentro de una escenografía teofánica y que preveía la ayuda divina en favor de su pueblo en los momentos de amenaza extrema. Pero Israel entendió la protección de Dios como un privilegio incondicional, y no como el resultado de la especial relación que lo unía con Dios, y que incluía el compromiso de una mayor justicia y de la obediencia a su ley.

Por eso el día de Yahvé, que Israel esperaba de luz y salvación, será de tinieblas y destrucción, Am 5,18-20: “*¡Ay de los que ansían el Día del Señor! ¿De qué os servirá el Día del Señor? ¡Será tinieblas, y no luz! Será como cuando un hombre huye de un león y se topa con un oso, o entra en casa, apoya su mano en la pared y lo muerde una serpiente. ¿No es el Día del Señor tinieblas y no luz, densa oscuridad sin resplandor alguno?*”.

La experiencia de la salvación obtenida en momentos del pasado había creado en Israel la esperanza en futuras intervenciones divinas semejantes. Todo ello iba coloreado con tonos bélicos. Esta ideología de fondo es la que origina el tema del día de Yhwh. Esperado al principio como día de salvación, a partir de Amós se convierte en día de castigo, o de salvación, según los casos, para Israel o para las naciones, y se irá cargando poco a poco de tintes escatológicos.

Los profetas lo usarán, bien contra un pueblo determinado (Jer 46, 2-12; Ez 30,1-8), contra todos los pueblos (Sof 3,6-8; Joel 4,9-14; Zac 14,1-5), o bien contra el mismo Israel (Amós; Is 2,12-17; Sof 1,2-18). Al final de la evolución del pensamiento bíblico ese día es lo que nosotros llamamos el juicio final, la parusía...el acontecimiento final de la historia, unido a la segunda venida de Jesús. Hay que tener en cuenta todas estas nociones para no proyectar nuestras propias ideas teológicas sobre los profetas del Antiguo Testamento.

Recordemos una anécdota. Según el profeta Sofonías, el castigo que enviará Dios a la malvada ciudad de Jerusalén será descrito en términos del clásico día de Yhwh, con una descripción especialmente expresiva, 1,14-15, y en ella se inspiró la secuencia medieval “*Dies irae, dies illa*”, propia de la misa de difuntos.

El carácter sacro de Jerusalén

Parecidas conclusiones encontraremos si examinamos el tema del significado sacral de la ciudad de Jerusalén, y su pretendida inviolabilidad.

Para entender bien esta noción, podemos recurrir a un tipo de salmos que son conocidos como *Cánticos de Sion*. Se trata de los salmos 46.48.76 que nos hablan de Sion como ciudad de Dios, el 132 que recuerda la elección de Jerusalén y David, y 84.87 y 122 que cantan la gloria de Jerusalén como madre y centro de cohesión de todo Israel. Encontramos motivos en otros salmos, el 68 p.ej. Era idea común entre los pueblos de Oriente que cada dios tuviera una relación con *su ciudad, su Templo*, a los que concedía especial protección, junto a los que en ella moraban. El templo, entendido como palacio del dios, era el signo más palpable en Oriente de su victoria contra las potencias hostiles (las tinieblas, el mar, otras divinidades enemigas y malignas...). En la mitología oriental la creación es considerada

siempre como la victoria del dios sobre el caos primordial, y una vez vencido éste, el dios pasa a ordenar la creación. El templo es el signo del mundo habitable que la divinidad ha construido. Dios entonces se sienta en su palacio, que suele estar en un monte altísimo, sobre las nubes y estrellas y desde allí ejerce su benéfico gobierno sobre la tierra.

La *residencia de Dios* debe ser necesariamente un paraíso, en el cual las aguas debidamente ya vencidas y conducidas por fuentes y acequias *alegran la ciudad de Dios*. Las visiones que describen un hermoso futuro en Joel 4, Ez 47, Zac 14 presentan las fuentes beatificantes que nacen en la ciudad, directamente del templo. Junto a ellas se encuentra otro elemento: la ciudad debe ser inexpugnable: *mi roca salvadora, mi baluarte, alcázar donde me pongo a salvo...* Todos estos elementos, debidamente depurados de connotaciones míticas y politeístas, han sido utilizados por los israelitas para describir la residencia de Yhwh en Jerusalén, y describir la acción protectora que desde allí ejerce sobre el pueblo elegido y los fieles que le invocan.

Pero, nuevamente la presencia de Dios es interpretada como una protección automática. Así lo expresa de modo magistral, y con cierto sarcasmo, el profeta Miqueas en Miq 3,11: “*Sus jefes se dejan sobornar, sus sacerdotes enseñan a sueldo, sus profetas adivinan por dinero, se apoyan en el Señor y dicen: «¿No está el Señor con nosotros? ¿No puede ocurrirnos nada malo!»*”.

Podemos también considerar Is 22, que nos muestra la amargura de Isaías frente a la alegría del pueblo después de haberse salvado de una agresión militar, (la invasión de Senaquerib del 701 a. Jc.). El pueblo ha sabido tomar las necesarias medidas defensivas, pero no ha sabido atender al plan de Dios (Is 22,11-12). Éste invita a la conversión, pero el pueblo responde banquetando: “*comamos y bebamos que mañana moriremos*” (Is 22,13), verso que se ha hecho célebre al ser recogido por san Pablo en 1 Cor 15,32. El hecho de haberse salvado y haber resistido al asedio del ejército asirio, contribuyó decididamente a reforzar la fe en la inviolabilidad de la ciudad, que se había vuelto a salvar (2 Re 18,13-19,37; Is 36-37). La protección que Dios habría otorgado a Jerusalén aparece con diferentes variaciones en Is 30,27-33 y 31,4-9.

Es una muestra más de cómo Israel confía en sus propias fuerzas, y lo que tenía que ser un acto propio de religión, reconocer la acción de Dios y convertirse, se ha tornado idolatría: el pueblo usa y manipula en su interés las mismas concepciones religiosas.

El profeta Miqueas, en sus ásperas discusiones con falsos profetas, que anuncian la salvación con vanas ilusiones, 2,12-13; 3,11, terminará sus oráculos con la dura sentencia de 3,12, que será recordada aún un siglo más tarde, Jer 26,18. En la denuncia de las falsas seguridades religiosas no tiene reparo en proyectar sobre Sión y el mismo Templo el anuncio de su ruina, a diferencia de Isaías, para quien los ejércitos enemigos se detendrían ante sus muros. Miqueas es el precedente de Jeremías en anunciar la ruina de la capital culpable, y desenmascara la vana confianza de los habitantes de Jerusalén.

Las grandes tradiciones religiosas, elección, alianza

La *alianza* expresa en el mejor de los modos la especial y distintiva relación que une a Dios con su pueblo: Yhwh ha elegido a Israel, y ha establecido con él una alianza, un pacto. Esta alianza es la fuente del dominio de Yhwh sobre el pueblo, para imponer sus leyes y su voluntad, y, por eso

mismo, es la fuente del compromiso ético y moral de Israel. La *elección* por parte de Yhwh es el punto de partida. Se trata del designio que mueve a Yahvé a entrar en relación con su pueblo y garantiza la estabilidad de esta relación. Algunas características de la elección y la alianza son:

- * La iniciativa compete a Yahvé, y es absolutamente gratuita: *“Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahvé tu Dios; él te ha elegido a ti [...] No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahvé de vosotros y os ha elegido [...], sino por el amor que os tiene”* (Dt 7, 6-8).
- * Supone siempre una *tarea, un compromiso*. Es el cumplimiento de la ley divina, y de todo lo que supone, lo primero de todo el reconocimiento de la soberanía divina única y exclusiva de Yhwh, primera de las *diez palabras* (=decálogo).
- * Ello lleva al establecimiento de una mutua pertenencia de ambas partes, expresada en la *fórmula de la alianza*: *“Yo seré vuestro Dios, vosotros seréis mi pueblo”* (Ex 6,7) que con diversas variantes aparece en múltiples textos bíblicos. De este modo la *alianza* es la concreción histórica de la *elección*. Su finalidad última es el establecimiento de un vínculo que trasciende lo jurídico para emplazarse en la esfera de la relación interpersonal, amistosa, nupcial.

Serían innumerables los textos del Antiguo Testamento, de las más diversas épocas y de todos los géneros literarios que se pueden citar para ilustrar estos principios.

Para el fin que nos interesa en este momento, lo importante es ver que Israel, muchas veces entendió la elección divina como un privilegio que le permitía comportarse según su capricho, esperando que, en cualquier instancia, Dios intervendría para velar por su pueblo. Y esto es lo que contestan los profetas para desmontar las falsas concepciones del pueblo. Nos encontramos en el centro de todas las consideraciones que llevamos hechas hasta ahora.

El profeta Amós tiene un par de frases lapidarias a este respecto. Recordemos que este profeta anuncia la ruina del pueblo a causa de sus repetidos incumplimientos de la voluntad divina en la observancia de la justicia. A esta tajante condenación, sus oyentes responderían, sin duda, aludiendo a su condición de “pueblo elegido”, y a la garantía que ofrecían sus prácticas de culto. Amós desarma esas falsas seguridades, que solamente ponen ante sus ojos una cortina de humo.

El profeta conoce las grandes tradiciones históricas de su pueblo, pero eso no es un eximente de su conducta injusta, sino un cargo más en la acusación 2,9-10. Esta transformación de los privilegios de la elección se expresa de manera lapidaria en 3,2: *“Solo a vosotros he escogido de entre todas las tribus de la tierra. Por eso os pediré cuentas de todas vuestras transgresiones”*, como acabamos de decir la alianza es fuente de compromiso, no de privilegios. Y la acusación llega a su límite en 9,7-10: *“¿No sois para mí como etíopes, hijos de Israel? —oráculo del Señor—. ¿No saqué a Israel de Egipto, como a los filisteos de Caftor, y a los sirios de Quir?... ... A espada perecerán todos los pecadores de mi pueblo, todos los que dicen: «No nos tocará, ni se nos acercará la desgracia»”*. Yhwh es el defensor inflexible del derecho en su acepción más amplia, como prueban tantos oráculos “contra las naciones”. Y cuando le toca el turno a Israel o Judá, obra con la misma imparcialidad. La elección divina de Israel no significa que pueda sustraerse a rendir cuentas ante Yhwh.

Derecho, misericordia, humildad

Terminemos estas páginas en las que hemos escuchado la palabra de los profetas con un oráculo que sintetiza perfectamente lo que venimos diciendo. Se trata de Miq 6,6-8: “*¿Con qué me presentaré al Señor y me inclinaré ante el Dios excelso? ¿Me presentaré con holocaustos, con terneros de un año? ¿Le agradarán al Señor mil bueyes, miríadas de ríos de aceite? ¿Le ofreceré mi primogénito por mi falta, el fruto de mis entrañas por mi pecado?». Hombre, ya se te ha hecho saber el bien, lo que el Señor quiere de ti: tan solo practicar el derecho, amar la misericordia, y que andes humilde delante de tu Dios”.*

En el texto encontramos un diálogo, en el que aparecen las dudas de alguien que, con sentimientos sinceros, se pregunta qué es lo que puede ofrecer a Dios. El texto no nos dice cuál es la razón de este deseo, por eso pensamos que se trata del elemento central de la virtud de la religión, se trata de reconocer la divinidad en su condición fundamental de supremacía de soberanía, de reconocer la grandeza y santidad de Dios con un acto de adoración. Y lo primero que le viene a la mente son los holocaustos y sacrificios, terneros y bueyes, ríos de aceite... Y pensando en lo que puede ser su bien máspreciado, se pregunta si no será necesario ofrecer a su propio hijo, su primogénito. Recordemos que en tiempos del Antiguo Testamento los sacrificios de niños no era algo extraño o poco frecuente: 2 Re 3,27 (en este caso se trata de un primogénito); 16,3; 17,31; 21,6; 23,10; Is 57,5; Jer 32,35; Ez 23,39.

Y el profeta responde de un modo sencillo y elemental. No hay que hacerse tantos problemas para mantener la relación con Dios: Él desea derecho y justicia, misericordia y humildad. El auténtico lugar del encuentro con Dios está en nuestra vida ética, a todos los niveles, en las relaciones con los demás, basadas en el derecho y la justicia, y en las relaciones con Dios, basadas en la humildad, que es aceptación de la voluntad divina, reconocimiento de la propia condición, y viene a equivaler a lo que conocemos como fe.

Algunas reflexiones conclusivas

Hemos visto cuál es la postura de los profetas de Israel ante el problema que planteábamos al principio, cuál y cómo debe ser la adecuada actitud del hombre ante Dios, cuál es el núcleo de la verdadera religión.

Los profetas se han enfrentado a algunas cuestiones de tipo más bien práctico, como son las relacionadas con el culto, y otras de tipo más teórico, como las que tienen que ver con el día de Yhwh y la presunta inviolabilidad de Jerusalén, y con las grandes tradiciones religiosas del pueblo.

Al considerar la predicación de los profetas ante el culto, debemos evitar dos posturas. Ni son unos predicadores de una religión sin culto, ni tampoco unos meros reformadores que critican el culto meramente legalista y externo. Estas perspectivas son extrañas a los profetas. No se ponen la cuestión de si puede existir una religión sin culto. Amós, por ejemplo, el profeta que adopta una de las posturas más críticas, en ningún momento trata de introducir reformas en el culto. Como ya hemos explicado, el culto de aquellos tiempos era una institución utilitaria, mediante el cual se trataba de tener propicia a la divinidad. Los profetas, sensibles a la verdadera naturaleza y exigencias de Dios, y a la única vía de la vida (Am 5,14: “*Buscad el bien, no el mal, y viviréis, y así el Señor, Dios del universo, estará con*

vosotros, como pretendéis”), consideran el culto como una trágica ilusión, en la cual el pueblo cree tener a Dios de su parte, siendo así que el encuentro con Él tiene lugar sólo en la obediencia a las normas éticas, Am 5,5; Jer 7,21.

Los profetas no nos dijeron si un pueblo que hubiera entendido la verdadera índole de la religión hubiera podido prescindir de los actos culturales, y, en todo caso, cuál debía ser ese culto. La dureza de sus palabras nos dirige a ver que la auténtica fuente de la vida está en Yhwh, y en la obediencia a voluntad, y encontramos en Am 5,4-6 la expresión más acertada de lo que venimos diciendo: “*Buscad a Dios y no Betel, buscadme y viviréis*”.

Otras dos realidades muy presentes en la conciencia religiosa de Israel eran el día de Yhwh y la presunta inviolabilidad de Jerusalén, como ya hemos visto. En este punto podemos recordar la ironía con la que Miqueas las evoca en Miq 3,11: “*¿No está el Señor con nosotros? ¿No puede ocurrirnos nada malo!*»”. Aquí el gran peligro está en considerar que ambos principios conferían una protección automática al pueblo, sin tener en cuenta otras cuestiones. Es una muestra más de cómo Israel confía en sus propias fuerzas, y espera la salvación con vanas ilusiones, adoptando una falsa seguridad religiosa que terminará por llevarles al desastre y a la destrucción, mientras ellos esperaban la salvación.

Por último, el sarcasmo más grande lo encontramos en la manipulación de las grandes tradiciones referidas a la elección de Israel y a la alianza que Yhwh había hecho con su pueblo. El hecho de ser el pueblo elegido no significa que puede evitar el cumplimiento de la ley, y sustraerse al juicio del Señor. La alianza ha sido rota porque las estipulaciones escritas no sirven si faltan las disposiciones internas de lealtad y fidelidad. La alianza no es un privilegio, sino una fuente de mayor compromiso.

Fe en el Señor

La fe y el abandono absoluto en la voluntad divina, es el camino de la verdadera religión, y es el camino por donde debemos buscar la salvación. Este y no otro será la única vía para el encuentro con Dios. Una fe que, como veíamos al citar Miq 6, 8, se convierte en derecho y justicia, misericordia y humildad. La única seguridad para el hombre procede de Dios, y de la obediencia a sus exigencias éticas. Lo demás no sirve para nada.

El profeta Habacuc nos ayuda a iluminar el sentido de esta fe. Recordemos que el tema central del libro de Habacuc es la oposición entre justos e impíos. ¿Por qué el destino del justo no responde a sus méritos, 1,4.13, mientras que el malvado triunfa? ¿Cómo puede permitir Dios semejantes paradojas, siendo el defensor del derecho universal? La primera respuesta viene en la línea de los otros profetas: Dios mandará un pueblo para que sea el ejecutor de su justicia. Esta respuesta no sirve para Habacuc, que hace notar como ese pueblo comete injusticias, mientras que Dios se desentiende de ellas, habiendo dejado en sus manos el resto de los pueblos como peces indefensos.

Dios da la respuesta: el malvado fracasará, más que por pecados concretos, por la arrogancia, el mayor pecado, mientras que el justo, por su fe (por haberse fiado, por confiar en Dios) vivirá, Hab 2,4 “*El justo, por fiarse, vivirá*”. Esta frase invita a ser fiel a Dios aunque las circunstancias parezcan desaconsejarlo. Esta frase ha tenido una capital importancia en la historia de la teología, y pasó por

diversas vicisitudes, teniendo en cuenta la traducción de los LXX y la Vulgata, y pasó a ser, partir del s. XVI, un clásico lugar teológico en las controversias sobre la justificación y la gracia. Pero esta es otra perspectiva.

El libro de Habacuc es ante todo un ejemplo de teodicea, de justificación de los caminos del Señor, como supremo moderador de la historia. El problema no se resuelve en el plano de la teoría. Los misterios de la acción de Dios en la historia no son desvelados. La solución del profeta se da en el plano del comportamiento, indicando la postura a tomar: la confianza total en Dios.

Isaías califica al proyecto salvador del Señor como una "*obra extraña... tarea inaudita*", 28,21. Lo más inmediato y obvio para el hombre sería dejarse derrumbar ante tantos poderes que le cierran el camino de la vida: ambiciones políticas, invasiones militares, crímenes, injusticias, las infinitas formas del pecado y de la muerte que se enseñorean en este mundo. Pero no hay otra alternativa a la fe: "*Si no creéis, no subsistiréis*", Is 7,9b.

Líneas de actualización desde el Nuevo Testamento

Lo que hemos dicho de los profetas pertenece al Antiguo Testamento. Para entenderlas bien hemos de seguir las normas habituales de hermenéutica bíblica. El valor de la elección, de la alianza, del día de Yhwh, del culto sacrificial, del lugar del pueblo santo en la historia de la salvación, deben ser visto y juzgado desde las realidades del Nuevo Testamento.

Nosotros tenemos que partir de Jesucristo, que supo convertir su propia vida en el auténtico sacrificio agradable al Padre, uniendo en sí mismo todas las realidades salvíficas que, en el Antiguo Testamento, eran su figura y profecía de las auténticas realidades que estaban por venir. Como dice la carta a los Hebreos

Nosotros no podemos olvidar que el auténtico culto es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo (*Sacrosanctum Concilium* 7), y desde aquí se debe entender todos nuestros actos litúrgicos. Es preciso tener bien claro que celebrar la Eucaristía no es celebrar un mero rito formal. Su íntima razón de ser es recordar el sacrificio que Jesús hizo de sí mismo, y estar dispuestos a seguirle por este mismo camino.

Alguien podría preguntar, ¿dónde quedan otro tipo de actos? Lo que solemos conocer como "religiosidad popular", ¿qué valor tiene? ¿No corremos el riesgo de hacer un culto desvinculado de la necesidad de expresar sentimientos según nuestra propia condición humana?

Ciertamente puede haber otro tipo de actos externos, que tienen su razón de ser desde el punto de vista de la antropología religiosa, y de la necesidad que tenemos de expresar externamente nuestra fe, nuestra devoción. Estos actos pueden ir desde el simple hecho de encender una vela ante una imagen religiosa, de la Virgen, de algún santo, a las más vistosas procesiones de la Semana Santa. Una persona pueda sentir una auténtica emoción religiosa escuchando el *Stabat Mater* de Pergolesi o el *Mesías* de Händel. Cualquiera de estos actos puede ser considerado incluso como necesario, desde este punto de vista, facilitar la oración personal o comunitaria, y ayudar a vivir la fe y la misma relación con Dios. Pero teniendo siempre en cuenta que son una ayuda, y que la auténtica religión no consiste solamente en estos actos.

Igualmente la corrección y seriedad en el ejercicio del culto litúrgico, la dignidad de las acciones, las lecturas, los cantos, son un medio de gran valor para ayudarnos a entrar en el misterio de

Dios, en las actitudes propias de Jesús, tienen un valor mistagógico, según su más apropiada definición.

Pero hay que tener en cuenta todo lo que hemos dicho precedentemente, acerca del auténtico lugar del encuentro con Dios. Y de la posibilidad de manipular las verdades religiosas, seguramente de modo inconsciente, e incluso con buena voluntad, creyendo que con hacer cosas muy difíciles y costosas, nos “ganamos” la buena voluntad de Dios, y de algún modo le sometemos. ¿Un religioso puede creerse con derechos ante Dios porque un día hizo su consagración religiosa por medio de tres votos? En el ejercicio de la virtud de la religión no podemos olvidar que la oración más auténtica es la de Jesús en el huerto de Getsemaní: *“no se haga mi voluntad sino la tuya”*.

Nos encontramos seguramente con gente de buena voluntad, pero de muy escasa formación, a la que habrá que ayudar a encontrar el auténtico camino de la religión y de la fe. Es preciso dejar muy claro cuáles son los elementos fundamentales de la fe en Dios, y cuál es el ámbito del encuentro con Dios, que no pueden ser los espacios sacros, sino la santidad de vida, como hemos podido ver en estas páginas, guiados por los profetas.

Derecho y justicia, misericordia y humildad, conformarse con la voluntad divina, esa es la raíz de la verdadera religión, y el lugar del auténtico encuentro con Dios.